

II

No os pese escuchar otro episodio, aunque triste, también consolador. Él, espero, os hará elevar con mayor confianza el corazón y los ojos hacia aquel monte santo de donde os ha de venir el socorro *levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi*.

Estamos en Marsella, y en el año de 1720. ¿Qué sucede con esta populosa ciudad, que no hay en ella ni autoridades, ni ricos, ni nobles? El lazareto se halla sin administrador, los tribunales sin jueces, las oficinas de contribuciones sin recaudadores. ¿Qué ha sucedido, para que la anarquía se haya entronizado de súbito en este floreciente puerto? Es que la peste lo ha invadido; todos se han escapado, y el Obispo se ve obligado á constituirse en supremo magistrado universal. Hasta hace dos ó tres años en que la derribó el fanatismo radical, la estatua de este digno émulo de San Carlos Borromeo se elevaba gloriosa en una de las plazas principales; su nombre está grabado en el corazón de todos los marseleses: llamóse Francisco Javier Belsunce de Castelmorón. Dejadme que os cite algunas de sus propias palabras, que os darán idea de los horrores de la peste y de los trabajos del santo Prelado. "Por la gracia de Dios (escribía en 20 de Octubre de 1720, al Obispo de Tolón)

por la gracia de Dios aún estoy en pie, entre montones de moribundos y de muertos. Todos han caído en torno mío, y de los ministros del Señor que me han acompañado en mis rudas tareas no me queda más que mi capellán. De mi casa, convertida en hospital de apestados, han salido once muertos, y aún me quedan otros cinco enfermos de mi familia episcopal."

Lo que sigue es horripilante; es quizá demasiado *realista* como hoy se dice, pero dejadme que os lo repita: mi deber no es halagar vuestros oídos, sino excitaros á la contrición infundiendo en vuestros pechos saludable terror. "Ay de mí (dice el caritativo Obispo). ¿Qué no he visto, qué no he sufrido en esta época luctuosa? Durante ocho días he tenido que soportar la vista y el olor de doscientos cadáveres en putrefacción hacinados en derredor de mi casa y bajo mis ventanas. Al recorrer las calles las he hallado todas sin excepción obstruidas por cadáveres corrompidos, que formaban doble valla por ambas aceras y en muchos de los cuales se habían ya cebado perros hambrientos. Casi no había donde poner los pies. Era preciso ir saltando entre los muertos con una esponja empapada en vinagre bajo la nariz, y la sotana arremangada, para buscar alguno á quien confesar entre tantos que habían ya perecido."

¿Á qué seguir la triste descripción? Cúmpleme sólo deciros que ni medidas higiénicas, ni cuarentenas, ni aislamientos, ni remedios de médicos, ni providencias de autoridades, hicieron cesar el terrible contagio. ¿Sabéis lo que por fin puso término á tamaña desolación? Oid y aprended.

El 1º de Noviembre de ese año terrible, las campanas,

mudas hacía ya cuatro meses, reanimaron, al rayar el alba, con alegres repiques, la fe y el valor de los marseleses. Las iglesias estaban hacía tiempo cerradas, pero en la extremidad de una calle larguísima y ancha, se erigió un altar al cual el santo Obispo con los restos de su clero, se dirigió procesionalmente, con los pies desnudos y una sogá al cuello. Allí, entre las lágrimas y sollozos del pueblo, celebró los divinos misterios, predicó un patético sermón y consagró su diócesi al Sagrado Corazón de Jesús. Desde ese instante disminuyó la fuerza de la peste, y al poco tiempo se vió libre el afligido puerto del maligno huésped que á su pesar había albergado.

III

Pues ya empecé á cansar vuestra atención, permitidme que apure hasta el cabo vuestra paciencia, y que en vez de abrir las páginas de la historia, os ofrezca algunas reminiscencias personales. La primera vez que el cólera morbus traspasó los límites que en las riberas del Ganges le había señalado la naturaleza, fué en 1817. No lo seguiremos en su fúnebre paseo por la China, la Persia y la Arabia: bástenos recordar que en 1830 hizo su funesta entrada en Europa, y que en 1833 atravesó los mares para recorrer nuestro territorio. Pocos habrá entre los presentes que recuerden los estragos de aquel año; pero sí no se habrá borrado la memoria de la plaga que nos desoló hacia los años de 1850. Aún recuerdo las misiones en las calles y plazas con que los Prelados de entonces preparaban á los pueblos á la fatal visita; aún no habéis olvidado vosotros los ejemplos de caridad que en esta ciudad dieron beneméritos seglares. En 1855 visitó de nuevo el huésped terrible algunas regiones de Europa y algunas poblaciones de nuestro país; pero fué con tal rapidez y comparativa benignidad, que los hombres en vez de atribuir este cambio á la misericordia del Señor, lo declararon fruto de los adelantos de la ciencia y entonaron himnos de sacrílego triunfo. ¡Ah! Terrible

fué el momento en que despertaron del sueño, *maledictus homo qui confidit in homine*.

Llegó el año de 1865. Marsella, Sevilla, Madrid, se vieron de súbito atacadas. Así como ahora ha venido el furor de las cuarentenas, del aislamiento, de las fumigaciones, así entonces acometió á todos la manía de negar la existencia de la epidemia, y de huir cuando ya no era posible negarla. ¡Ah! Con los ferrocarriles no hay peligro (dijeron los siervos del mundo): el huésped del remoto Ganges no puede viajar tan aprisa como el vapor. Poned máquinas y más máquinas, encadenad trenes tras trenes. Aunque se dé la vuelta al globo terráqueo, iremos siempre llevando millares de leguas de ventaja al ángel exterminador. Solo la vil mendicidad, hoy infame como en tiempo del paganismo, y la falta de limpieza que trae consigo la miseria, darán albergue á la plaga del Asia. Ella no se hizo para los ricos ni penetrará esta vez en los palacios.

¡Ah! Maldito el hombre que en el hombre confía. Terribles fueron los estragos que hizo esta ocasión el azote del Ganges; pero se cebó de preferencia en los que regresaban á las ciudades de donde habían salido, al saber que ya estaban libres de la peste. Caprichoso y juguetón (si así puedo expresarme), del mismo modo que en el Indostán se le ha visto atacar en los cuarteles ingleses con regularidad sistemática, cada segunda, cada tercera cama de un dormitorio, olvidando las intermedias; preferir tales regimientos, dejar ilesas tales compañías; así en Madrid hubo calle en que asaltó todas las casas de una acera mientras en las de enfrente se gozaba de perfecta salud: Aún recuerdo con horror la mañana del

7 de Octubre en que amanecieron postrados veintidós en el Colegio de los beneméritos Padres Escolapios, diez y nueve (entre veintiuna) de las monjas carmelitas, centenares de soldados en un solo cuartel, docenas de obreros en una sola fábrica. ¡Y esta vez señaló como víctimas á los robustos y sanos, apartándose de los débiles y enfermizos!

Más funestos son mis recuerdos de la subsiguiente invasión. La Roma moderna, lo mismo que la antigua, se despuebla en el Otoño, y salen sus habitantes á respirar aires más puros, ya en los puertos de mar, ya en las aldeas que adornan las colinas del Lacio. Como en un tiempo la erupción del Vesubio sorprendió á los que en Pompeya se entregaban al reposo y á los placeres, así el cólera vino á trocar de súbito en espanto y desolación el autumnal recreo de la aristocracia de Roma y de Nápoles que se solazaba en Albano. No hubiera causado más estragos una lluvia de lava. Como aquel día que no hubo casa en Egipto, desde el alcázar de Faraón hasta la choza del labriego, que no llorara la muerte de su primogénito, así en esa pintoresca ciudad, al salir el sol una funesta mañana alumbró dos cadáveres en la mansión de los soberanos de Nápoles, otros en las quintas de los nobles romanos y funcionarios de la Corte Pontificia, y ciento y ciento en las moradas de los pobres aldeanos y numerosos forasteros.

Ahorradme la descripción de las escenas que presentaban aquellas inmundas calles. Lo que de Marsella narraba el Obispo Belsunce, es, en menor escala, aplicable á la desdichada Albano. Solamente que esta ciudad estaba, por fortuna suya, bajo el régimen del Pontífice-

Rey, y no sufrió el abandono de que en semejantes casos otros pueblos se han lamentado. Compañías de zuevos del ejército pontificio se ofrecieron á servir de enfermeros y enterradores, y volaron á ejercer sus caritativos oficios, y á perecer víctimas de su celo.

Hallábase en una fiesta literaria en Roma el Obispo de esa diócesi suburbicaria, cuando recibió las fatales nuevas. Era el Cardenal Ludovico Altieri, de la antigua familia de los príncipes de ese nombre, delicia de la sociedad romana, flor de su aristocracia, Camarlengo á la sazón de la santa Iglesia Romana, insigne literato, diplomático consumado y el ídolo de los que estábamos á sus inmediatas órdenes. Sin vacilar interrumpe la fiesta, y con voz tranquila dice á la estupefacta concurrencia: "El cólera ha invadido la capital de mi Obispado. Marcho á cumplir con mi deber. Orad por mí porque voy á ser una de las primeras víctimas." Acompañado de un solo familiar, que voluntariamente á ello se ofrece, parte para la afligida ciudad, y se cumple ¡ay! su triste predicción. Hábil pintor nos ha dejado la memoria de sus caritativas hazañas. Nos ha representado á lo vivo en el lienzo aquellas calles asquerosas en medio de las cuales se descubre la noble figura del venerable Cardenal. Con el Santísimo Sacramento en las manos, todas las recorre entrando en cada una de las casas infestadas, suministrando á los enfermos el Viático Sagrado, dirigiendo á todos palabras de consuelo. Pero no se atrevió á representarlo el artista en el camposanto en medio de cadáveres ó insepultos ó medio sepultados, dirigiendo personalmente los entierros y bebiendo allí la infección. Esa misma tierra que él hacía remover, lo cubrió á él propio

apenas llegado, y sin el monumento que á su rango se debiera, allí está todavía y allí voy (siempre que atravieso los mares) á hacer una fúnebre y filial visita á mi antiguo jefe y favorecedor. El Señor que á San Carlos sacó ileso del contagio, que á Belsunce permitió permanecer en pie hasta el fin sobre aquellos montones de cadáveres, al Cardenal Altieri concedió la gracia más sublime de coronarlo mártir de la caridad.

IV

No sólo por rendir al que fué mi superior, póstumo tributo de lágrimas y veneración, os he narrado el ejemplo que acabáis de oír, sino por motivos que muy de cerca os atañen. Á sus órdenes igualmente estuvo conmigo un varón ilustre, hijo de la risueña Málaga, cuyo nombre ha llenado en los últimos días todas las gacetas del universo.¹ Había abrazado la carrera eclesiástica más tarde que sus demás compañeros, era de mayor edad que nosotros, y una vez separados, permaneció él largo tiempo entregado á la vida de quietud y privado reposo, que aun en el sacerdocio le permitía su cuantiosa fortuna. En las actas del Consistorio del último Marzo, me regocijó ver el nombre de mi amigo y compañero entre los obispos preconizados, y me apresuré á saludarlo con efusión Obispo de Murcia.

¡Terrible, cuanto glorioso, ha sido su noviciado, y las lecciones del Cardenal Altieri no fueron perdidas para su ilustre discípulo! Oid lo que de él narra reciente periódico español:

“La audiencia de Murcia no puede celebrar juicios por no haber quedado en ella más que dos magistrados; las oficinas, el Ayuntamiento y la Diputación experimentan el mismo vacío. Todos huyen y el pánico es indescriptible.

¹ El Illmo. Sr. D. Tomás Bryan y Livermore, alumno que fué de la Pontificia Academia de Eclesiásticos Nobles, de que era superior el Cardenal Altieri.

“Sobre el universal terror se levanta la hermosa figura del virtuoso Obispo que, auxiliado de su clero, está haciendo portentos de caridad. De su bolsillo particular lleva repartidas por su propia mano entre pobres enfermos, más de quince mil pesetas; pródigo de su persona como de su dinero, visita diariamente á los coléricos, y no escasea molestias ni sacrificios de ninguna clase en bien de sus diocesanos. El Cabildo, los párrocos, el Clero todo, siguen heroicamente la noble conducta de su Pastor, y firme cada cual en su puesto, ofrecen todos un espectáculo sublime de abnegación que admira á los hombres y alegra á los ángeles.”

Telegrama todavía más reciente nos anuncia la liberación de Murcia; y puedo saludar á mi amigo y colega, vencedor de la muerte y de la epidemia. Pero al mismo tiempo permitidme, ¡oh piadosos promovedores de esta fiesta! permitidme derramar una lágrima sobre otro de vuestros Prelados que ha sucumbido. Hace apenas un lustro, á la sombra de la Alhambra y del Generalife, me saludaba en latinos sáficos versos el ilustre Arzobispo de Granada. Cuando, después de tanto sufrir con los recientes terremotos, nos regocijábamos sus amigos de verlo trasladado á la insigne metropolitana de Sevilla, nos ha entristecido el contemplarlo cubierto, en vez de la púrpura que no tardaría en llegarle, con el fúnebre sudario del colérico. Arrojemus flores de oraciones y alabanza sobre la tumba del glorioso Arzobispo, de tantos miembros del clero secular y regular, de tantas hermanas de la caridad y de tantos funcionarios públicos como han sucumbido víctimas del deber y de su amor al prójimo.

V

¿Qué conclusiones prácticas debemos deducir de cuanto os he expuesto en mi extraño sermón? Redoblemos ante todo nuestras plegarias por nuestros hermanos ausentes, y si continuare la plaga no olvidemos socorrer con limosnas á los que sobrevivan. Colectas entre los que á tanta distancia moramos, poco sirven, en lo general, para los apestados; pero sí son útiles después de la peste para los desdichados que sumergen en la miseria más que la enfermedad, las cuarentenas y medidas vejatorias que han dado en prescribir la mayor parte de los gobiernos, y que causan mayores estragos que el cólera mismo.

Por lo que á nosotros toca, no aguardemos á que venga el contagio para dirigir al cielo nuestras plegarias en público y en privado. El fin del Señor al mandarnos tales azotes, es, como antes os indiqué, nuestro arrepentimiento y enmienda. Si, pues, con tiempo purificamos nuestra conciencia; si reformamos nuestras costumbres; si restituimos lo ajeno; si nos reconciliamos con nuestros enemigos; si normamos, en suma, nuestra vida á la ley de Dios y á las prescripciones de la Iglesia, podemos estar seguros que no desenvainará su espada el Ángel exterminador.

Si á pesar de todo nos visita la peste, yo os ruego á todos que no dejéis que el miedo os haga perder la razón. Escarmentad con las pasadas plagas, cuya historia he abierto hoy á vuestros ojos, y no permitáis que en esta ciudad se repitan las tristes escenas que en otras partes nos indignan á veces, y á veces nos mueven á sardónica risa. Sobre todo, no impidáis, no permitáis que se impida al pueblo cristiano dar rienda suelta á su devoción y prácticas piadosas, que solas pueden aplacar la ira justísima del Señor.

Que el nombre de María, pronunciado á todas horas por nuestros labios, sirva de óleo suavísimo y bálsamo saludable á los enfermos; de talismán y preservativo á los sanos. Que San Sebastián y San Roque, que tantas veces han hecho desaparecer la peste en el nuestro y en ajenos países, no permitan ahora que se acerque á nuestras puertas, para que mayor número de fieles y devotos cristianos sirva á Dios, y lo alabe, y lo glorifique aquí en la tierra, y por toda una eternidad.

